

¿El mundo en peligro? Rolando Cordera Campos

Los astros se conjugaron en Sea Island, Georgia, y Marte y Venus se dieron la mano. Europa no es tan vieja, después de todo, descubrió el presidente Bush, y elogió a la cocina francesa. Chirac se enamoró de las cheese burgers y charló en corto con el impetuoso César americano. Así concluyó la reunión de los siete más uno y el mundo sigue en pos de una paz eterna plagada de guerras sin término y destrucción sin descanso de su entorno natural y social básico.

Los ricos más ricos y su acompañante permanente, el oso ruso, registran la existencia de los pobres del mundo y el presidente de Francia propuso la idea de impuestos mundiales para el desarrollo, pero no alcanzó consenso. Para Bush se trata de una idea “audaz” y para los demás, tal vez con la excepción de Francia o España, lo principal es lo que los países pobres hagan por ellos mismos para atraer empresas y capital privado. Nada estremecedor salvo el giro un tanto resignado hacia la convergencia con el poder americano, sin empezar a resolver en serio el nudo envenenado del Medio Oriente e Irak. (La Jornada, 11/06/04, p.30. El País, 11/06/04, p.2).

Construir una globalización que asuma sus dimensiones sociales, con propósitos de equidad, solidaridad, abatimiento de la pobreza, es un objetivo proclamado como universal por las Naciones Unidas, pero sus metas para el milenio distan mucho de estar al alcance del planeta. No en balde Kofi Anan advirtió en septiembre pasado que la Organización vivía una encrucijada angustiosa. La “cumbre exitosa”, como la calificó el presidente estadounidense, no dio visos de que esa encrucijada pueda superarse pronto y bien. En realidad, lo que parece más probable es que se agudice si el hoyo irakí se prueba más profundo de lo que hoy parece, y la simulación pacificadora impuesta por la coalición da lugar a un gobierno interino interminable y a una democracia de fachada con la que se otorgue una validación inaceptable de la ONU a la invasión injustificada de ese país dirigida por Estados Unidos.

Más que de una coyuntura difícil para la globalización buscada por los grandes, habría que hablar de un momento histórico decisivo cuyo desenlace está por delante y sin terminal precisa. De esto nos habla con angustia y compromiso “Por una globalización justa: crear oportunidades para todos”, texto elaborado por una Comisión Mundial sobre la Dimensión Social de la Globalización, atinadamente convocada por la OIT. (El documento está ya en la página web de esa organización).

En su prefacio, Tarja Halonen, presidenta de Finlandia, y Benjamín Williams Mkapa, presidente de la República Unida de Tanzania, nos adelantan lo que quieren: una globalización justa e incluyente, que haga del mundo un lugar más justo, ético, integrador y próspero para las mayorías. Es decir, que la globalización se de vuelta sobre sí misma y las estructuras que le dan forma y sentido y sea lo que hasta la fecha **no** ha sido.

La empresa es de gigantes pero son las personas, las gentes comunes del mundo, las únicas capaces de imprimirle a la historia mundial otra dirección. Sin su concurso, nos insisten los ponentes de esta magnífica contribución, el curso del mundo no puede ser otro que una profundización de los desequilibrios existentes, una mayor segregación

social dentro y entre las naciones y cada vez más acusadas tendencias a la inestabilidad política, al recurso a la violencia y a la degradación del entorno.

Por apocalíptico que pueda parecernos en este país del estancamiento estabilizado, se trata de un escenario asumido con propiedad y, claro, a su modo, por el Banco Mundial y su presidente, como lo hizo en su momento el presidente Clinton y lo hacen algunos destacados líderes de las cúpulas de la riqueza y el poder, que cada año se dan cita en Davos, no para homenajear a Tomás Mann, sino para revisar balances y estados de resultados y tomar nota del griterío de al lado, que no ceja ni se arredra.

El debate sobre el vuelco mundial parece haber llegado a un impasse que sofoca la deliberación cuando más se la requiere. Advertir sobre esto, no es un mérito menor del trabajo que comentamos. Mucho menos desde nuestra pasmada perspectiva.

Revisar dichos y conceptos sobre una realidad móvil y compleja, plagada de acechanzas y malas sorpresas, es condición obligada para superar mitos y mistificaciones, pero también visiones extremas y sin salida, como los que han rodeado y pervertido en parte este formidable relato de la historia presente.

Si la globalización es asunto humano y en buena medida un producto de omisiones, decisiones y proyectos políticos y sociales; es decir, si la globalización no es un fenómeno natural sino histórico, es preciso, se nos propone, saber cómo lo perciben las gentes. Qué opinan de sus efectos los habitantes y los gobernantes, cómo lo juzgan y lo proyectan.

Muchas voces captaron quienes hicieron el estudio. Algunas de ellas, para incitar a su lectura: la globalización es “una ola gigante que nos alcanzó cuando dormíamos en la orilla”, que nos ha traído la “sensación de que vivimos en un mundo extremadamente vulnerable a cambios que no podemos controlar” y que se percibe, *urbi et orbi*, como una amenaza a la seguridad y el empleo, a la supervivencia de formas productivas empleadoras por excelencia y que, más allá de sus promesas infinitas de cambio técnico y cultural, hoy nos arroja saldos inaceptables de desigualdad dentro y entre los países y cuotas de pobreza y empobrecimiento que no se compadecen con el discurso optimista que la ha acompañado hasta la fecha.

Darle un sentido social y una dimensión histórica a esta complejidad que se nos presenta como un golem sin control ni destino, es misión de la academia, la prensa y la política, de las comunidades cívicas y culturales, así como de los organismos internacionales, como la OIT, con que la sociedad internacional todavía cuenta para mantener sus sueños de un gobierno mundial democrático y de un planeta sustentable y justo, equitativo. A esto se nos convoca con urgencia en el documento de la Comisión.

Recoger esta invitación, debería ser tarea primaria del espíritu público nacional, tan ensimismado en su propia margarita democrática, tan joven y tan marchita. En vez de confundir la barandilla del MP con el foro y el parlamento y antes de revivir la nefasta conseja de “que todas las formas de lucha son legítimas”. Para vivir y sobrevivir la globalización se necesita mucha democracia, más ley y mucho más derecho y no menos. Mucho menos sopletes, garrotes o machetes. El mundo está en peligro, pero por ese sendero nosotros llegaremos primero al círculo dantesco.